

El Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España

J. López Ortega

Se me ha solicitado que construya una reseña personal, y absolutamente libre, acerca de mi visión, mi valoración o, quizás también, sobre mis impresiones relativas al Servicio de Medicina Interna del Centro Hospitalario «Princesa de España», de Jaén, con motivo de una nueva publicación relativa a este Servicio clínico del maduro Hospital «Princesa de España», ahora reconvertido en Hospital Neurotraumatológico del Complejo Hospitalario de Jaén. Debo confesar, antes que nada, que esta proposición me genera varias y diferentes sensaciones simultáneas que intentaré descifrar a continuación.

En primer lugar, aprecio una sensación de ratificación de confianza en mí, al proceder la propuesta de la persona que me la ha formulado, a la sazón, don José María Sillero, persona que yo considero, sin dudar, mi maestro por partida doble, primero porque fui su alumno en mis estudios de enfermería y, luego, porque también fui su discípulo y ayudante en las tareas de docencia en la Escuela de Enfermería de Jaén en la asignatura

que él impartía. Don José M.^a sigue siendo, además, una fuente paradigmática de conocimiento y de saberes, de la que siempre he bebido y a la que con relativa frecuencia regreso cuando quiero mejorar en lo profesional e incluso en lo personal. Su petición, por tanto, me genera una emotiva y renovada muestra de consideración personal, que seguramente no merezco, pero que, desde luego, ha sido reiteradamente demostrada en múltiples ocasiones.

En segunda instancia, me procura igualmente un sentimiento de duda e incertidumbre que se focaliza en todo lo relativo al contenido o al cuerpo sobre el que configurar mi posible aportación a esta publicación, pues, al fin y al cabo, yo no soy médico, y mi trabajo en el ámbito de este Servicio se reduce a mi paso, quizás efímero, por la primera etapa de la Unidad de Cuidados Intensivos, en la sexta planta del hospital, y, en todo caso, por mi etapa en la Unidad de Hemodiálisis, sección perteneciente también al Servicio, y de la que era responsable mé-

dico Francisco Fernández Montero. No obstante, creo que con un pequeño ejercicio de reflexividad sobre las observaciones y vivencias que sí tuve sobre otras de sus diferentes secciones y de sus muchas actividades, considero que seré capaz de pergeñar, finalmente, algunas semblanzas que contribuyan a dibujar o, quizás, a ratificar, para engrandecer lo mucho y bueno que surgía del trabajo de todas las personas que conformaban aquel Servicio.

En todo caso, en tercer y último lugar, la sensibilidad me brota también desde la responsabilidad necesaria para encontrar el grado de pertinencia adecuado a las expectativas e intereses depositados en esta publicación que, tengo la impresión, bien pudiera pretender configurarse como una especie de «memoria final», lo más fiel y representativa posible, de toda la riqueza disciplinar y profesional que atesoraban el conjunto de Secciones, Unidades y «personas» de aquel Servicio. No cabe duda que todos dieron lo mejor de buena parte de su vida, al servicio de sus pacientes y del resto del hospital en el ámbito de su competencia.

Una vez construido este obligado preámbulo quiero reseñar que conocí la existencia del Servicio, aproximadamente, en febrero del año 1978, una vez que superé las pruebas de acceso a la Escuela de ATS de la Excm. Diputación Provincial de Jaén. Adquirí de ese modo la condición de alumno de la Escuela y abandoné los estudios de Magisterio en la Escuela de Jaén que había iniciado pocos meses antes. Por aquellos días, consideraba obligado

el devaneo, con actitud indagatoria, por todo el entorno de lo que iba a ser mi espacio físico más habitual. La proximidad y cercanía del edificio de la Escuela de Enfermeras, ubicada en el mismo recinto del nuevo Hospital de la Beneficencia de Jaén, hacía fácil conocer la existencia del Servicio, en paralelismo al Servicio de Cirugía, o de otros Servicios clínicos, cuantitativamente con menor número de camas asignadas para hospitalización, pero igualmente ligados a asignaturas de nuestro plan de estudios y, desde luego, fuentes potenciales de práctica clínica; desde luego, todos ellos muy útiles para adquirir habilidades profesionales tan necesarias en la etapa formativa de cualquier estudiante, aunque de modo especialmente necesario en todas las ramas de las Ciencias de la Salud.

En aquel entorno, el Servicio de Medicina Interna disponía de una amplia superficie en la zona de las Consultas Externas del Hospital. Allí se ubicaban, lógicamente, las consultas destinadas a atender la demanda externa, y a veces interna, de las diferentes secciones del Servicio y donde, en el caso de la consulta de don José M.^a, se tornaba también en despacho no clínico desde donde se daba respuesta a otras responsabilidades, en este caso de naturaleza docente, que también desarrollaba el sabio y elocuente profesor.

Mis recuerdos se aproximan pues hasta aquel espacio asistencial que yo percibía y catalogaba como enormemente productivo en cuanto al número de pacientes que se atendían y también en lo referente a la naturaleza cuali-

tativa y de complejidad de los casos clínicos que demandaban ser atendidos por el Servicio, bien sea desde el ámbito de la Beneficencia Provincial, bien desde los usuarios derivados del «Concierto con la Seguridad Social», o quizás desde el ámbito privado y/o de los usuarios de las compañías de seguros que también acudían solicitando una respuesta a su problema de salud. Las demás vivencias, que ahora recuerdo, acerca de las actividades del Servicio, se circunscriben a la actividad desarrollada en otras Unidades como las de hospitalización, en la quinta o sexta planta, así como las ya referenciadas Unidad de Cuidados Intensivos y Unidad de Hemodiálisis. Estas unidades no tan consultivas, sin embargo, generaban un considerable volumen de la actividad asistencial del Servicio y sobre todo, lo que más llamaba mi atención como alumno, era que cada día eran visitadas y supervisadas por don José M.^a en su calidad de Jefe del Servicio y que, al menos, yo percibía como un ejercicio de cumplimiento del deber, de obligación y de responsabilidad, desde luego mucho más allá de un sentido fiscalizador de la actividad desarrollada por sus discípulos o subordinados responsables de las diferentes secciones.

Esta última apreciación considero, además, que se justifica desde mi observación del desarrollo, prácticamente a diario, de las sesiones clínicas y del resto de actividades formativas y docentes que siempre llamaron poderosamente mi atención de alumno en formación de pregrado, y que percibía como una estrategia formativa

de enorme utilidad y valor, además de estar plenamente integrada en la jornada laboral de todos cuantos ejercían su labor en el Servicio. Comparativamente con el ejercicio de esas mismas tareas formativas en el personal de Enfermería, se apreciaba un diferencial muy considerable que me producía una sanísima envidia. Por supuesto que el producto de todo este trabajo formativo quedaba recogido luego, año tras año, en la publicación de los **Anales del Centro Hospitalario Princesa de España** de los que conservo un ejemplar de bastantes de los años en que fueron publicados.

Desde ese pensamiento y consideración, siempre que tenía oportunidad, aprovechaba la generosidad de las puertas abiertas del salón de actos del hospital, muchos sábados por la mañana temprano, para acudir expectante a escuchar cuanta sabiduría se exhumaba por los labios de los diferentes ponentes que intervenían en cada jornada. Esa sensación de vacío formativo ligado a la actividad profesional diaria de las enfermeras, me llevaron a organizar y comprometer a muchos de mis profesores y algunos compañeros, para participar en las **I y II Semanas de Perfeccionamiento del futuro A.T.S./D.E. en el medio hospitalario**, que se celebraron del 28 de mayo al 2 de junio de 1979 y del 14 al 19 de abril de 1980 respectivamente, en la Escuela de Enfermería de la Excm. Diputación Provincial de Jaén y, en aquel momento, adscrita a la Universidad de Granada. Conservo aún la grabación del sonido de casi todos los participantes en aquel evento, donde desde luego participó

el Servicio de Medicina Interna, con don José M.^a a la cabeza. Cuando ahora visito por cualquier razón la Unidad de Cuidados Intensivos del viejo hospital, hay veces que se me evocan los recuerdos de aquella UCI de la planta sexta y revivo la enorme y riquísima experiencia personal y profesional que me proporcionó trabajar en aquella Unidad el tiempo que estuve ejerciendo allí. Visualizo con cierta morriña aquellos cubículos con medias paredes de cristal que albergaban las camas donde se postraban los pacientes críticos que, por cualquier causa, generaba la actividad interna del hospital o bien se ingresaban directamente desde el servicio de urgencias. Recuerdo también la conversación y muchas de sus palabras literales con algún paciente pentainfartado en su miocardio, hospitalizado allí por su aquel diagnóstico en su sexto episodio, y la frialdad y naturalidad al expresarme su convencimiento de que no saldría con vida de aquel lugar, como efectivamente así fue. En todo caso, aquellas camas y toda la experiencia acumulada a lo largo de los años fueron el germen, la semilla, de lo que ahora es la moderna y bien dotada UCI del mismo hospital. Estoy convencido de que aquella UCI fue fruto del tesón y del esfuerzo de unos profesionales que querían acomodarse a los tiempos y dotar al hospital de una infraestructura indiscutiblemente necesaria para una mejor atención. Creo que don José María no tenía médicos intensivistas para atender aquella nueva parcela asistencial, por ello, se repartían las guardias y

el trabajo allí generado entre Manolo García, el anestesista, y Eusebio Suárez, entre otros, y la colaboración expresa y especial, también entre otras muchas, de una vieja gloria de la enfermería jiennense, la guapísima y magnífica enfermera, Julia Carpio. Mucho y bueno, de lo asistencial sanitario y de la calidad y calidez humana, se acumulaba entre las nuevas paredes del flamante hospital de la beneficencia de Jaén. La experiencia adquirida en el viejo Hospital de San Juan de Dios había quedado como reliquia perenne y garante de tantas y tantas experiencias y vivencias personales y profesionales. Sus viejos muros y sus arrugadas paredes atesoraban el testimonio de ser testigos de excepción de las variadas emociones de innumerables «noches blancas» de hospital, pero la lógica evolución del conocimiento y del saber, el avance del progreso científico y tecnológico, el desarrollo social y económico, el aumento de la población y de la demanda, la necesidad de nuevas infraestructuras, lógicamente, habían justificado sobradamente la construcción de un nuevo hospital de la beneficencia provincial. Jaén lo necesitaba, pero también lo merecía, porque muchos de sus profesionales excedían, sin duda alguna, la capacidad media de dar respuesta asistencial a los problemas de salud de la población y resultaba lógica la necesidad de construir un nuevo hospital acomodado a los tiempos. Tanto acúmulo de bien hacer, muchas veces cargado de imaginación y creatividad obligadas para intentar paliar las deficiencias de recursos, propias de un servicio público provincial y

de en un país en vías de desarrollo, habían hecho madurar a todos cuantos se forjaron como profesionales y personas entre aquellos viejos muros, y esas mimbres requerían el refrendo de un nuevo escenario asistencial que ofreciera nuevas oportunidades a los profesionales y a los usuarios para optimizar la atención sanitaria. Todo aquello, vino a ser reconocido por sus majestades los Reyes de España que visitaron el Hospital el día 9 de enero de 1980. Los Reyes pasaron por diferentes secciones del hospital acompañados por numerosas personalidades, pero guiados por don José M.^a Sillero, el Jefe del Servicio de Medicina Interna, que también actuaba entonces como Director del Hospital. En aquella fecha, yo era alumno de tercer curso y tuve la suerte de poder estrechar la mano de Sus Majestades, los Reyes, cuando entraban a visitar la zona de los quirófanos.

En cualquier caso, al margen de la eficacia en el cumplimiento de la responsabilidad asistencial que corresponde a un servicio sanitario, lo verdaderamente reseñable y trascendente del Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España de Jaén es el carácter y la fortaleza de su actividad docente. Efectivamente, al margen de la eficacia y eficiencia asistencial de un servicio clínico, el Servicio de Medicina Interna, era una verdadera «Escuela», un espacio para la enseñanza y para el aprendizaje, donde la vocación docente se expresaba de manera sutil, rigurosa y holística. El maestro promovía toda clase de estructuras y de oportunidades para que la enseñanza y el aprendizaje es-

tuvieran implícitos en todas las actividades desarrolladas por el servicio, cual óleo que impregna de manera fina y homogénea las paredes y entrañas más recónditas de todo cuanto se realiza para recuperar la salud o para ayudar a morir con dignidad en un servicio sanitario. Cualquier caso clínico relativo a un paciente hospitalizado en el servicio, cualquier proceso patológico de actualidad, cualquier propuesta surgida desde la literatura sanitaria, cualquier realidad clínica más o menos emergente y de interés para los profesionales, era captada por la agudeza intuitiva del maestro y rápidamente era promovida o propuesta para ser abordada desde la reflexividad y la búsqueda de saberes en conjunto, y para ser transformada en ese «conocimiento significativo» que se construye entre todos y para todos. Además, era fácil apreciar que esa idea de «Escuela» traspasaba sus propias paredes e impregnaba los estamentos del resto de los servicios clínicos del hospital. El compromiso personal, o el de amigo o compañero comprometido con la disciplina y con la profesión, además del compromiso ético, deontológico y legal con los enfermos, al fin y al cabo, beneficios últimos de todo ese bien hacer, se configuraban como vectores motivadores e irrenunciables de ese trabajo reflexivo y propulsor de la enseñanza y el aprendizaje. Ahí queda el modelo, para el recuerdo y para la historia de un viejo hospital y de un servicio clínico, pero, sobre todo, para aprender de una experiencia rica y jugosa en la noble y difícil tarea de adquirir y transmitir conocimiento.

Para los que observábamos y escuchábamos, desde fuera y de manera callada e inevitablemente humilde, aquella sinfonía productiva y melódica que surgía desde la perfecta y sincrónica dirección y coordinación de la tarea asistencial y docente de aquel servicio, se nos dibujaba un escenario atractivo, cautivador y paradigmático, de las funciones de organización y dirección, siempre necesarias e inevitables desde el mismo momento en que trabajan juntas dos o más personas y se consumen recursos públicos o privados para producir algo, en este caso, algo tan importante como la salud.

Para algunas personas que no siempre pertenecíamos a la esfera del servicio y que, desde luego, cuando estábamos en su órbita, nuestro papel y aportación era clarísimamente diminuta, si no residual, la visión y la vivencia del desarrollo de esa armónica tarea, día a día, curso a curso, año a año, ejerce una capacidad de atracción y de embaucamiento difícilmente soportable, casi imposible de evitar hacernos caer en la fortaleza de sus tentáculos. De ahí nuestro interés por asomarnos a

algún balcón de ese escenario, para poder contemplar y escuchar el discurrir de la obra y aprehender los saberes que nos permitiera captar nuestra capacidad personal. Esa era la justificación para gestionar nuestro tiempo y nuestras tareas de tal suerte que no tuviésemos dificultad o impedimento para asistir a las clases del sabio maestro y elocuente profesor. Esa es la razón que justifica que los problemas de salud nuestros, o de alguno de nuestros amigos, o de bastantes familiares, los pusiéramos a la luz consultora y terapéutica de dicho servicio. Esas son, en definitiva, las mimbres que nos permiten ahora intentar construir y moldear la cesta que recoja y guarde algunas de las mejores esencias que nos llegaron del Servicio de Medicina Interna del hospital de la beneficencia de Jaén y del hombre que animó su discurrir durante muchísimos años, desde luego para beneficio de todos, esa fue en otro momento su mayor grandeza y, ahora, la justificación de nuestra sincera gratitud y sentido reconocimiento.

Jesús López Ortega
